

esa obra, pero quiero que se le cuide, porque él no tiene la culpa de haber nacido. Esta orden caritativa produjo sus consecuencias: la criada susodicha, que se llamaba Magnon, le hizo otro envío igual al año siguiente. Le remitió otro niño. Ante este golpe capituló el señor Gillenormand.

Devolvió á la madre los dos chicuelos, comprometiéndose á pagar por alimentos ochenta francos cada mes, con la condicion de no recibir nuevos envíos. Añadió:—"Quiero que su madre los trate bien; yo iré á verlos alguna vez. Así lo hizo.

Tuvo un hermano sacerdote, que fué rector de la Academia de Poitiers treinta y tres años, y que murió á los setenta y nueve.—*Le he perdido joven*, decía. Dicho hermano era un avaro pacífico, que por ser sacerdote se creía obligado á dar limosna á los pobres que encontraba, pero solo les daba moneda falsa, hallando de este modo el medio de ir al infierno por el camino del paraíso.

Gillenormand, el mayor, no comerciaba con la limosna; la daba con gusto y noblemente. Era benévolo, brusco y caritativo; si viviese en la opulencia sería espléndido. Quería que tuviese grandeza todo lo que le rodeaba, hasta las bribonadas.

En una testamentaria le robó una vez un agente de negocios de un modo grosero y visible, y entonces pronunció estas palabras solemnes:—"Trabajan con suciedad las manos pueras; todo ha degenerado en este siglo, hasta los bribones. No se debe robar así á un hombre como yo."

Como dijimos, fué casado con dos mujeres; de la primera tuvo una hija, que permanecía siendo soltera, y de la segunda otra, que murió á los treinta años, y que se había casado por amor, por casualidad ó por otra causa, con un soldado de fortuna que sirvió en los ejércitos de la República y del Imperio, ganando la cruz de Austerlitz y recibiendo en Waterlóo el grado de coronel.—*Es la deshonra de la familia*, decía el viejo Gillenormand.

Tomaba mucho polvillo y tenía particular gracia para sacudirse la chorrera de encaje con el revés de la mano. Creía poco en Dios.

VII.

Regla: no recibir á nadie más que por la noche.

Tal era el señor Lucas-Espíritu Gillenormand, que no había perdido aun el cabello, más gris que blanco, y cuyo peinado conservaba siempre la forma de oreja de perro pacho.

A pesar de sus defectos era venerable; era grande y frívolo como el siglo diez y ocho.

En 1814, y en los primeros años de la Restauracion, que aun era joven, no tenía más que sesenta y cuatro años; vivió en el barrio de San German, en la calle de Servandoni, cerca de San Sulpicio, y se retiró al Marais, hasta que se apartó del mundo, á los ochenta años cumplidos.

Al retirarse del mundo se había fortificado en sus costumbres. La principal é invariable para él era tener absolutamente cerrada la puerta para todo el mundo de día y abrirla solo de noche. Comía á las cinco y despues abría la puerta. Esta fué la moda de su siglo y no quería dejar de seguirla.—"El día es canalla y merece que se le cierren las puertas, decía. Las personas de posicion alumbran su espíritu cuando el zenit enciende las estrellas."

Se cerraba para todo el mundo sin ninguna excepcion, siguiendo la vieja elegancia de su pasada juventud.

VIII.

Las dos no forman pareja.

Acabamos de ocuparnos de las dos hijas del señor Gillenormand. Nacieron con diez y seis años de intervalo. Cuando jóvenes se parecían muy poco, y fueron, tanto por el carácter como por la fisonomía, lo menos hermanas que podían ser. La menor poseía alma bellísima, corría siempre tras todo lo que daba luz, pensando en flores, versos y música, y entusiasta y etérea, se sumía en los espacios gloriosos, esperando desde la infancia unirse al ideal de una figura heroica. La mayor también acariciaba una quimera; veía en lontananza un asentista, un contratista muy rico, un marido espléndidamente tonto, un millon hecho hombre ó un prefecto, y fermentaban en su imaginacion las recepciones de la Prefectura, los ujieres de la antecámara, los bailes oficiales, los dis-

curso de la alcaldía, en una palabra, ser "la señora perfecta. Las dos hermanas, siendo jóvenes, se extraviaban cada una en su respectivo sueño. Ambas tenían alas; la una de ángel y la otra de ganso.

En el mundo no se realiza completamente ninguna ambicion; en nuestra época no existe el paraíso terrenal. La menor se casó con el hombre que encarnaba su sueño de oro, pero la pobre murió pronto. La mayor no se casó.

En el momento en que aparece en esta novela era ya una virtud vieja, una mojígata incombustible; poseía una de las narices más agudas y uno de los talentos más obtusos que pueden existir en el género humano. Fuera del estrecho círculo de su familia, nadie supo nunca su nombre de pila. Se la conocía por la señorita Gillenormand mayor.

En materia de recato podía rivalizar con la miss más escrupulosa. Era el pudor llevado hasta el extremo. Conservaba un recuerdo horrible en la memoria; el de que un hombre le vió una vez una liga.

La edad acrecentó su pudor intransigente. Para ella la pechera no era nunca demasiado opaca ni subía demasiado, y multiplicaba los broches y los alfileres allí donde á nadie podía ocurrírsele mirar.

Es muy propio de la mojígatería poner más centinelas cuando menos atacada está la fortaleza.

Sin embargo (el que pueda explicará estos misterios de la inocencia), dejaba sin repugnancia que la abrazase un oficial de lanceros, sobrino segundo suyo, que se llamaba Teodulo.

Prescindiendo del favorecido lancero, era absolutamente propio el calificativo de mojígata que acabamos de aplicarla. La señorita Gillenormand mayor era una especie de alma crepuscular. La mojígatería es semi-virtud y semi-vicio.

Agregaba á la mojígatería la falsa devocion, que es el forro que la conviene. Pertenecía á la cofradía de la Virgen, y llevaba en ciertas fiestas un velo blanco: rumiaba oraciones especiales; adoraba la "Sagrada Sangre," y el "Sagrado Corazon"; permanecía horas enteras ante un altar churrigueresco-jesuita, en una capilla cerrada para el comun de los fieles, y allí dejaba elevarse el alma entre nubes pequeñas de mármol y entre grandes rayos de madera dorada.

Tenia una amiga de capilla, virgen vieja como ella, que se llamaba la seño-

rita Vaubois, enteramente estúpida, á cuyo lado la señorita Gillenormand era un águila. Aparte del *Agnus Dei* y de las *Aves Marias*, solo sabía la señorita Vaubois los diversos modos de hacer confituras: era perfecta en su género; era el armiño de la estupidez sin una mancha de inteligencia.

Si hemos de decir la verdad, más había ganado que perdido al envejecer, como sucede casi siempre con las naturalezas pasivas. Nunca fué mala, lo que es una bondad relativa; además, los años desgastan los ángulos, y había adquirido ya la suavidad que da el tiempo. Estaba triste, de una tristeza incomprensible, cuyo secreto ni ella misma poseía. En toda su persona se traslucía el estupor de una vida que terminaba casi sin haber empezado.

Dirigía la casa de su padre, y el señor Gillenormand la tenía á su lado del mismo modo que monseñor Bienvenido tenía á su hermana.

Estas uniones domésticas de un viejo y de una vieja solterona no son raras, y ofrecen el tierno espectáculo de dos debilidades que se sostienen mutuamente.

Vivia además en la casa, con la solterona y el viejo, un niño, un muchacho que estaba siempre mudo y temblando ante el señor Gillenormand. El anciano le hablaba siempre con voz severa y algunas veces con el baston levantado y amenazándole:—*Aquí, caballero. —Bergante, pillo, acércate... Responde, tunante... Déjate ver, galopin!* etc. etc. A pesar de tratarle de esa manera le idolatraba.

Era su nieto. Ya volveremos á encontrarnos con ese muchacho.

LIBRO TERCERO.

El abuelo y el nieto.

I.

Una tertulia antigua.

Quando el señor Gillenormand vivía en la calle de Servandoni frecuentaba varias reuniones distinguidas, en las que le admitían á pesar de no ser noble. Como poseía dos clases de talento, el que tenía realmente y el que le suponían, le buscaban y le agasajaban. No iba á ninguna parte sin la condicion de dominar. Hay personas que quieren á

toda costa ejercer influencia y que se hable de ellos, y donde no pueden ser oráculos son bufones. El señor Gillenormand pertenecía á esta clase. La dominación de los salones realistas que frecuentaba halagaba su amor propio. Era en todos ellos el oráculo, y algunas veces hasta rivalizaba con Bonald y con Bengey-Puy-Valée.

En 1817 pasaba invariablemente dos tardes cada semana en una casa de la vecindad, en la calle de Feron, en casa de la señora baronesa de T., digna y respetable dama, cuyo esposo fué en la época de Luis XVI embajador de Francia en Berlin. El baron T., que durante toda su vida fué aficionado á los éxtasis y á las visiones magnéticas, murió arruinado en la emigración, dejando por única herencia diez volúmenes manuscritos, encuadrados en tafete rojo con cantos dorados, que eran unas Memorias muy curiosas acerca de Mesmer y de su cubeta. La baronesa no publicó estas Memorias por dignidad, y se sostenía con una corta renta, que se salvó sin saber cómo: vivía separada de la corte, que era entonces una sociedad muy mezclada, según ella decía, en aislamiento noble, altivo y pobre.

Algunos amigos se reunían dos veces por semana alrededor de su chimenea y formaban una tertulia puramente realista. Tomaban té y, según el impulso del viento, se dirigían á la elegía ó al diti-rambo, se lamentaban ó se horrorizaban del siglo, de la Carta, de los Bonapartistas, de la prostitución del cordón azul, concedido á gente plebeya, del jacobinismo de Luis XVIII; y hablaban en voz baja de las esperanzas que les hacía concebir el hermano del rey, que después se llamó Carlos X.

Acogíanse en dicho salón con transportes de alegría las canciones picarescas en las que llamaban *Nicolás* á Napoleón. Las duquesas más delicadas y las mujeres más hermosas de la alta sociedad se extasiaban oyendo coplas como ésta, dirigida á los "federados":

*Meteos en los calzones
el faldon que se os escapa,
no digan que los patriotas
ondean bandera blanca.*

Arreglaban la lista de la Cámara de los Pares, "Cámara abominable y jacobina", combinando los apellidos de modo que resultasen frases como ésta: Damas, Fabrán, Gonvion-Saint-Cyr, etc.

En el salón de la baronesa de T. había dos hombres que galleaban: uno de ellos

era el señor Gillenormand y el otro el conde de Lamothe-Valois, del que murmuraban en voz baja unos con otros: *Ese Lamothe es el del asunto del collar*. Los partidos suelen conceder estas singulares amnistías.

Añadamos ahora que en la clase media ciertas posiciones honrosas pierden su importancia cuando mantienen relaciones demasiado fáciles: es preciso mirar bien á quién se trata, porque así como hay pérdida de calórico en la proximidad de un cuerpo frío, así también se pierde consideración con el trato de gente menospreciada. La parte alta de la sociedad antigua prescindía de esa ley como de todas las demás. Marigny, hermano de la Pompadour, entraba libremente en casa del príncipe de Soubise solo por ser lo que era. A Du Barry, padrino de la Vaubernier, le recibía con mucho agasajo el mariscal de Richelieu. Ese mundo es como el Olimpo. Mercurio y el príncipe de Guemené están en él como en su casa; allí se admite al ladrón con tal de que sea dios.

El conde de Lamothe, que en 1815 había cumplido setenta y cinco años, era de aspecto reservado y sentencioso, de rostro frío, de modales distinguidos; iba abotonado hasta la barba, y cruzaba sus largas piernas, que llevaba metidas en un pantalón ancho de color de barro de Siena; de este mismo color era su semblante. Este señor gozaba de gran consideración en esta tertulia por su celebridad y también por llamarse Valois.

El señor Gillenormand ejercía influencia de buen género. Había adquirido autoridad. A pesar de su ligereza, y sin perjudicar á su galantería, tenía un modo de ser imponente, digno, noble y modestamente altivo, que su avanzada edad hacía más respetable. Nadie llegaba impunemente á ser un siglo andando. Los años concluyen por rodear la cabeza de venerable aureola.

Decía además frases que pertenecían completamente á la escuela clásica. Cuando el rey de Prusia, después de restablecer en el trono á Luis XVIII, hizo á éste de incógnito una visita bajo el nombre de conde de Ruppín, le recibió el descendiente de Luis XIV como si fuese aun no más marqués de Brandeburgo y con la impertinencia más delicada. El señor Gillenormand lo aprobó, diciendo:—"Todos los reyes, exceptuando el rey de Francia, son reyezuelos de provincia". Un día oyó la siguiente pre-

gunta y la siguiente respuesta:—"¿A qué han condenado al redactor del *Correo Francés*?—A ser suspendido."—"El sus sobra; debería ser *pendido* ó *colgado*," replicó el señor Gillenormand. Frases como éstas crean una reputación. Una vez, en el *Te-Deum* que se cantó para celebrar el aniversario de la vuelta de los Borbones, vió pasar al príncipe de Talleyrand y exclamó:—"Ahí pasa su excelencia el Mal."

El señor Gillenormand iba casi siempre á dicha tertulia con su hija, que entonces tenía cuarenta años y representaba cincuenta, y con un niño de siete años, blanco, sonrosado, fresco, de alegres é inocentes ojos, y al entrar en el salón oía susurrar á su alrededor estas exclamaciones:—"Qué hermoso es!—¡Qué lástima!—Pobre niño!..."

Este niño era el mismo de quien hemos hablado no hace mucho. Le llamaban "pobre niño", porque su padre era "el bandido del Loira".

Este bandido era el yerno del señor Gillenormand, el que le calificaba, como ya sabemos, de *deshonra de su familia*.

II.

Uno de los espectros rojos de aquel tiempo.

El que pasase por aquella época por la pequeña aldea de Vernon y se detuviese en su puente, hermoso y monumental, observaría, dirigiendo la vista desde lo alto del parapeto, á un hombre de unos cincuenta años, con gorra de badana, con pantalón y casaca de paño burdo gris, en la que llevaba cosida una cinta amarillenta, que había sido roja, que calzaba almadreñas y estaba curtido por el sol. Tenía la cara casi negra y el pelo casi blanco; una larga cicatriz le corría desde la frente hasta la mejilla; estaba envejecido y andaba encorvado, paseándose casi todos los días con una azadilla y una podadera en la mano por los espacios encerrados entre tapias inmediatas al puente, que se extienden costeadando como una cadena de terrados la orilla izquierda del Sena. Todos estos cercados terminan por una parte en el río y por la otra en una casa.

El hombre calzado con almadreñas vivía en 1817 en el más pequeño de esos cercados y en la más humilde de aquellas casas. Vivía solitario, silencioso y pobremente, con una criada, que no era joven, ni vieja, ni bonita, ni fea, ni lugareña, ni ciudadana. El cuadrado de

tierra, que él llamaba su jardín, tenía fama en el pueblo por la belleza de las flores que cultivaba y que constituían toda su ocupación. A fuerza de trabajo, de perseverancia y de cubos de agua, consiguió obtener algunas variaciones de tulipanes y de dalias, que parecía que había olvidado la naturaleza. Este hombre era ingenioso: inventó antes que Soulange Bodin la formación de los montecillos de tierra de brezo para cultivar los raros y preciosos arbustos de América y de la China. En el verano, desde que amanecía, estaba en el jardín cavando, cortando, escardando, entre sus flores, con cierto aspecto de bondad y de dulzura. Algunas veces se quedaba pensativo é inmóvil horas enteras, escuchando el canto de un pájaro en un árbol ó el ruido de un niño en una casa, y otras veces se quedaba estático ante las hojas tiernas de cualquier yerba, ó en alguna gota de rocío que los rayos del sol convertían en un rubí. Comía frugalmente y bebía más leche que vino. Un niño le hacía ceder y la criada le regañaba. Era tímido hasta parecer arisco; salía muy poco y solo veía á los pobres que llamaban á su ventana y al padre Babeuf, el cura, que era ya de bastante edad. Sin embargo, cuando algún convecino ó algún forastero llamaba á su puerta deseando ver sus tulipanes y sus rosas, le abría sonriendo. Este hombre era "el bandido del Loira".

El que en aquella época tuviese costumbre de leer las Memorias militares, las biografías, el *Monitor* ó los boletines del grande ejército, hubiera visto en ellos repetido muchas veces el nombre de Jorge Pontmercy.

Desde muy joven Jorge Pontmercy fué soldado en el regimiento de Saintonge. Cuando estalló la Revolución, el regimiento de Saintonge fué agregado al ejército del Rin. Los antiguos regimientos de la monarquía conservaron los nombres de las provincias después de la caída del trono y no se reformaron hasta 1794. Pontmercy se batió en Spira, en Worms, en Neustadt, en Turheim, en Alzey y en Maguncia, en donde fué uno de los doscientos que formaban la retaguardia de Honchard. Fué también uno de los doce que pelearon contra el ejército del príncipe de Hesse, detrás del viejo baluarte de Audernach, y no se replegaron sobre el grueso del ejército hasta que el cañón enemigo abrió la brecha desde el cordón del parapeto hasta la misma escarpa. Estuvo con

Kleber en Marchiennes y en la accion de Mont-Palissel, en la que le rompió un brazo una bala de cañon. Despues pasó á la frontera de Italia y fué uno de los treinta granaderos que defendieron el desfiladero de Tende con Joubert. A Joubert le nombraron entonces ayudante general y á Pontmercy subteniente. Estuvo al lado de Berthier en medio de la metralla en la jornada de Lodi, que hizo decir á Bonaparte: *Berthier fué en ella artillero, soldado de caballeria y granadero.*

En Novi vió caer á su antiguo general Joubert en el momento de levantar el sable y de gritar: *Adelante!* Embarcóse despues con su compañía, para un asunto del servicio, en un buque que iba desde Génova á otro puerto de la costa, y cayó en una emboscada de siete ú ocho velas inglesas. El capitán del barco queria arrojar al mar los cañones, ocultar los soldados en el entrepuente y pasar como buque mercante; pero Pontmercy hizo brillar los colores nacionales en el mástil del pabellon y pasó orgullosamente por delante de los cañones de las fragatas británicas. Veinte leguas más allá, con audacia, su buque atacó y apresó á un gran transporte inglés que llevaba tropas á Sicilia, cargadísimo de hombres y de caballos.

En 1805 perteneció á la division Maller que arrebató Gunzbourg al archiduque Fernando. En Weltingen, en medio de una lluvia de balas, recibió en sus brazos al coronel Maupetit, herido mortalmente al frente del 9.º de dragones, y se distinguió en Austerlitz en la admirable marcha escalonada verificada ante el fuego del enemigo. Cuando la caballería de la Guardia imperial rusa destruyó un batallon del 4.º regimiento de línea, Pontmercy fué uno de los que lo vengaron, arrollando á sus enemigos. El emperador le concedió la cruz. Pontmercy vió sucesivamente caer prisioneros á Wurmser en Mántua, á Mélas en Alejandria y á Mack en Ulm. Formó parte del octavo ejército que mandaba Mortier y que conquistó á Hamburgo. Despues pasó al regimiento 33 de línea, que antes se llamó de Flandes. En Eylan estuvo en el cementerio, donde el heróico capitán Luis Hugo, tío del autor de esta novela, con su compañía, compuesta de ochenta y tres hombres, sostuvo, durante dos horas, el empuje del ejército enemigo. Pontmercy fué uno de los tres que salieron vivos de aquel cementerio. Estuvo tambien en Friedland;

más tarde en Moscou, en la Beresina, en Lutzen, en Bautzen, en Dresde, en Wachan, en Leipzig y en los desfiladeros de Gelnhansen; y luego en Montmirail, Chateau, Thierry y Craon, en las orillas del Marne, en las riberas del Aisne y la terrible posicion de Laon. En Arnay-le-Duc, siendo capitán, acuchilló á diez cosacos y salvó, no á un general, sino á un cabo. Pontmercy fué entonces acuchillado tambien y le extrajeron veintisiete esquirlas del brazo izquierdo.

Ocho dias antes de la capitulacion de Paris acababa de permutar con un compañero y de entrar en caballería, pues era apto para lo que en el antiguo régimen se llamaba *doble mano*, esto es, que servia para manejar como soldado el sable ó el fusil y como oficial un batallon ó un escuadron. Acompañó á Napoleon á la isla de Elba. En Waterlloo ya era jefe de un escuadron de coraceros de la brigada Dubois. El se apoderó de la bandera del batallon de Lunenburg y la depositó á los piés del emperador, lleno de sangre, que le brotaba de un sablazo que recibió en la cara al arrebatar la bandera. El emperador, satisfecho de él, le dijo:—Desde hoy eres coronel, baron y oficial de la Legion de Honor.

—Señor, os lo agradezco por mi viuda, le contestó Pontmercy.

Una hora despues cayó en el barranco de Ohain. Quién era Jorge Pontmercy? El bandido del Loira.

Conocemos algo de su historia. Despues de la batalla de Waterlloo, Thenardier le sacó del barranco como ya vimos, consiguió unirse al ejército y fué arrastrándose, de hospital en hospital ambulante, hasta los acantonamientos del Loira.

La Restauracion le dejó con media paga y despues le envió de cuartel á Vernon, es decir, le sujetó á la vigilancia. Luis XVIII, considerando como no sucedido todo lo que pasó durante los Cien Dias, no le reconoció la gracia de oficial de la Legion de Honor, ni el grado de coronel, ni el título de baron; pero él siempre se firmaba *el coronel baron de Pontmercy.*

Solo tenia un uniforme azul y viejo, y nunca salia con él sin ostentar la insignia de oficial de la Legion de Honor. El procurador del rey le hizo avisar de que se le perseguiria por el uso ilegal de dicha condecoracion, y cuando lo supo por tercera persona, Pontmercy contestó con amarga sonrisa:—“O yo no entiendo

el francés ó vos no lo hablais; lo cierto es que no os comprendo.” Despues de decir lo anterior salió ocho dias seguidos de uniforme y con la insignia; nadie se atrevió á inquietarle. Dos ó tres veces el ministro de la Guerra y el comandante general del departamento le escribieron con esta direccion: *Al señor comandante Pontmercy*; pero él devolvió las cartas sin abrirlas. Napoleon hacia entonces lo mismo en Santa Elena con las cartas de sir Hudson Lowe, dirigidas *al general Bonaparte*. Pontmercy concluyó, permítasenos la frase, por tener en la boca la misma saliva que el emperador.

En Roma hubo tambien prisioneros cartagineses que se negaban á saludar á Flaminio, y demostraban tener algo del alma de Aníbal.

Una mañana encontró Pontmercy al procurador del rey en una de las calles de Vernon; se dirigió á él y le dijo:—“¿Se me permite, señor procurador del rey, llevar la cicatriz en la cara?”

Solo contaba con la mezquina media paga de jefe de escuadron. Habia alquilado en Vernon la casa más pequeña que encontró, y vivia solo, como acabamos de decir.

En la época del Imperio, entre dos guerras, tuvo tiempo para casarse con la señorita Gillenormand; el padre de ésta, aunque indignado interiormente, consintió, suspirando y diciendo:—*Las familias más principales se ven obligadas á hacer lo mismo.* En 1815 murió la señora de Pontmercy, que era mujer admirable, elevada y poco comun, digna de su marido, al que dejó un niño. Este niño hubiera llenado de alegría la soledad del coronel; pero el abuelo reclamó imperiosamente al nieto, declarando que si no se le entregaba le desheredaria. El padre cedió por interés de su hijo, y no pudiendo tenerle á su lado, se dedicó á encariñarse de las flores. Habia renunciado á todo lo demás; ni se movia de casa ni conspiraba. Dividia sus pensamientos entre sus inocentes ocupaciones actuales y su tumultuosa y heróica vida pasada, y veia transcurrir los años esperando que se abriese un clavel ó acordándose de Austerlitz.

El señor Gillenormand no se trataba con su yerno. El coronel era para él “un bandido,” y él era para el coronel “un majadero.” El anciano solo hablaba de su yerno para aludir burlescamente á su “baronia.”

Estaban convenidos en que Pontmercy no trataria nunca de ver ni de hablar

á su hijo, so pena de ser éste expulsado de la casa y desheredado. El anciano y su hija consideraban al coronel como á un apestado, y querian educar al niño á su manera. El coronel quizás obró mal al aceptar estas condiciones, pero pasó por ellas queriendo obrar bien respecto á su hijo, sacrificándose él solo. La herencia del señor Gillenormand era insignificante, pero la de su hija era cuantiosa, porque fué rica su madre, y permaneciendo ella soltera, su heredero natural tenia que ser el hijo de su hermana.

El niño, que se llamaba Mario, sabia que tenia padre, pero nada más. Nadie le hablaba de él, pero las gentes con quienes le hacia tratar su abuelo, con sus cuchicheos, sus medias palabras y sus guiños de ojos, á la larga llamaron la atencion del jovenzuelo, que concluyó por comprender algo, y como iba adquiriendo por lenta infiltracion las ideas y las opiniones de los que le rodeaban, llegó poco á poco á pensar en su padre con vergüenza y con el corazon oprimido.

Mientras Mario iba creciendo y respirando en dicha atmósfera, cada dos ó tres meses se escapaba el coronel, yendo furtivamente á Paris, como el que persigue la justicia por haber roto sus cadenas, y se apostaba en San Sulpicio á la hora en que la señorita Gillenormand llevaba á Mario á misa, y allí, temiendo que aquella volviese la cabeza, se ocultaba detrás de un pilar y estaba inmóvil, sin atreverse á respirar, contemplando á su hijo. El hombre lleno de cicatrices tenia miedo de una soltera vieja.

De esto provinieron sus relaciones con el cura de Vernon, el señor Babeuf. Este digno párroco tenia un hermano que era mayordomo de fábrica de San Sulpicio; vió muchas veces al coronel contemplando á su hijo, y fijó su atencion en la cicatriz que le cruzaba la cara y la gruesa lágrima que goteaba de sus ojos. El hombre tan varonil que lloraba como una mujer chocó al mayordomo; el rostro de aquel impresionó á éste. Un dia que fué á Vernon á ver á su hermano, encontró en el puente al Pontmercy y reconoció en él al hombre de San Sulpicio. El mayordomo habló de esto al cura, y ambos, con un pretexto cualquiera, visitaron al coronel. A esta visita siguieron otras muchas. Aunque al principio Pontmercy se les manifestó muy reservado, concluyó por abrirles el corazon. El cura y el mayordomo se enteraron de toda la historia del coronel y

que éste sacrificaba su felicidad por el porvenir de su hijo. Desde entonces el cura le profesó cariño y veneración, y el coronel también le cobró afecto. Por lo demás, cuando por casualidad se encuentran un anciano sacerdote y un militar veterano, si ambos son sinceros y buenos, se comprenden y simpatizan con facilidad, porque en el fondo tienen la misma abnegación; el uno se sacrifica por la patria de aquí abajo y el otro por la patria de allá arriba.

Dos veces al año, el 1.º de Enero y el día de San Jorge, escribía Mario á su padre cartas obligadas, que le dictaba su tía, y que parecían copiadas de algún formulario. Esto era lo único que consentía el señor Gillenormand: el padre respondía con cartas muy tiernas, que el abuelo, sin leerlas, se guardaba en el bolsillo.

III.

Requiescat.

Lo único que conocía del mundo Mario Pontmercy era la tertulia de la baronesa de T.; era el único agujero por donde podía mirar la vida; agujero sombrío, por el que recibía más frío que calor, más tinieblas que luz.

El niño, que era muy alegre, al entrar en aquel mundo extraño adquirió cierta tristeza al poco tiempo, y lo que era más opuesto á sus pocos años, gravedad. Rodeado de personas imponentes y singulares, miraba á su alrededor con serio asombro, y todo contribuía á aumentar en él el estupor.

En el salón de la señora T. había algunas ancianas nobles y venerables, que se llamaban Mathau, Noe, Levis y Cambis, y pronunciaban los nombres de las dos últimas Levi y Cambises. Sus caras antiguas y sus nombres bíblicos se mezclaban en el pensamiento del niño con el Antiguo Testamento, que aprendía de memoria, y cuando se sentaban en círculo alrededor de moribunda lumbre, iluminando apenas una lámpara con pantalla verde sus severos perfiles, sus cabellos grises ó blancos, sus largos vestidos de otra época y de colores lúgubres, pronunciando á intervalos palabras majestuosas y graves, el niño Mario las contemplaba con ojos azorados, creyendo que eran, no mujeres, sino patriarcas y magos; no seres reales, sino fantasmas.

A los fantasmas se agregaban varios clérigos, que frecuentaban la tertulia, y

algunos caballeros nobles: el marqués de Sas***, secretario de órdenes de la princesa de Berry; el vizconde de Val***, que publicaba, con el pseudónimo de *Cárlos Antonio*, odas de una sola rima; el príncipe de Beauf***, que era joven y ya tenía el pelo gris, y una mujer hermosa y de talento, cuyos trajes, muy escotados, de terciopelo de color de escarlata con trencilla de oro, eran el escándalo de aquella sombría morada, etc. etc.

El señor Port-de-Guy, calvo, más envejecido que viejo, refería que en 1793, teniendo él diez y seis años, fué condenado á presidio por refractario y atado á la misma cadena que el obispo de Mirepoix, muy anciano ya; éste como á refractario por su estado eclesiástico y él como soldado.

En el presidio de Tolon su ocupación era ir á recoger del patíbulo, por la noche, las cabezas y los cuerpos de los guillotizados durante el día. Llevaban á cuestras los troncos destilando sangre, de modo que sus capotes de presidiario tenían por bajo de la nuca una costra de sangre seca por la mañana y húmeda por la noche.

En la tertulia de la señora T. se prodigaban estas narraciones trágicas, y á fuerza de maldecir á Marat aplaudían á Trestaillon. Algunos diputados de los que se llamaban *introuvables* jugaban una partida de wist; éstos eran el señor Thibord del Chalard, el señor Semarchant de Gomicourt y el célebre burlon de la derecha Cornet-Dincourt.

El bailío de Ferrette, con calzon corto y pantorrillas delgadas, entraba de paso alguna vez en el salón al ir á casa del señor Talleyrand. Fué el compañero de devaneos del conde de Artois, y al revés que Aristóteles, que se acurrucaba ante la Campaspe, hizo andar á la Guinard á cuatro piés, demostrando á los siglos que un bailío puede vengar á un filósofo.

Entre otros sacerdotes, concurrían al salón el abate Halma, á quien su colaborador, el señor Larose, decía en *El Rayo*:—*Bah! Quién no tiene cincuenta años? Solo algun boquirrubio*; el abate Letourneur, predicador del rey; el abate fray Ninons, que aun no era conde, ni obispo, ni ministro, ni par, y que usaba sotana vieja y sin botones; el abate Keravenant, cura de San German de los Prados; el nuncio del Papa, que era monseñor Macchi, arzobispo de Nisibis, y otro monseñor, que se titulaba el abate Palmieri y que era prelado doméstico de Su Santidad, y en fin, dos cardenales, el señor de

la Lucerne y el señor Cl***. El primero era escritor y tuvo algunos años despues la honra de firmar, al lado de Chateaubriand, algunos artículos en *El Conservador*. El señor Cl*** era arzobispo de Tolosa y solía ir frecuentemente á Paris á pasar una temporada en casa de un sobrino suyo, el marqués de T***, que fué ministro de Guerra y Marina. Dicho cardenal fué presentado á la tertulia de la señora T. por su íntimo amigo el señor de Roquelaure, antiguo obispo de Senlis. Este era notable por su elevada estatura y por su asiduidad en asistir á la Academia. A través de la puerta vidriera de la sala próxima á la Biblioteca, donde la Academia francesa celebraba entonces sus sesiones, los curiosos podían ver todos los jueves al antiguo obispo de Senlis, casi siempre en pié, con el pelo recién empolvado y con medias moradas, volver las espaldas á la puerta, sin duda para que vieran mejor su alzacuello.

Los citados sacerdotes, aunque eran tan cortesanos como hombres de Iglesia, aumentaban la gravedad de la tertulia de la baronesa de T., que la recargaba además el aspecto señorial de cinco pares de Francia. Pero como la revolución en este siglo tiene que entrar por todas partes, dominaba, como ya dijimos, aquel salón feudal un hombre de la clase media; el señor Gillenormand.

Dicho salón era la esencia y la quinta esencia de la sociedad parisiense que seguía la bandera blanca: allí se ponían á discusión los nombres más conocidos, aunque fuesen realistas, porque la fama tiene algo de anárquico. Si Chateaubriand hubiese entrado allí, hubiera producido el efecto del padre Duchesne: en esta sociedad ortodoxa entraban, sin embargo, por tolerancia algunos arrepentidos.

Las tertulias "nobles," de hoy no se parecen á aquellas. El moderno barrio de San German huele á hereje y los realistas de ahora son demagogos, dicho sea esto en elogio suyo.

La tertulia de la señora T. se componía de lo más selecto del partido, por lo que dominaba el gusto exquisito y altivo y escogida urbanidad: sus hábitos y modales llevaban consigo toda clase de involuntarios refinamientos que nacían del antiguo régimen, enterrado, pero vivo.

En este pequeño círculo aristocrático se inventó decir en las Tullerías, al hablar al rey con intimidación, *el rey* en tercera persona, y el no decir nunca *vuestra*

majestad, porque ese tratamiento "lo profanó el usurpador."

Juzgábanse allí los hechos y los hombres; burlábanse del siglo, con lo cual quedaban dispensados de comprenderle; auxiliábanse en su asombro y se comunicaban mutuamente la cantidad de ilustración que cada uno poseía. Matusalen enseñaba á Espimenides; el sordo ponía al corriente al ciego; declarábase como no transcurrido el tiempo desde Coblenza, y así como Luis XVIII estaba, por la gracia de Dios, en el vigésimo quinto año de su reinado, los emigrados se encontraban de derecho en el vigésimo quinto año de su adolescencia.

Todo estaba en armonía; nada había vivido demasiado; la palabra apenas era un soplo; el periódico, adecuado al salón, parecía un papiro. Había jóvenes, pero estaban casi muertos. En la antecámara eran anticuadas las libreas, pues como los personajes pertenecían á tiempos pasados, los criados eran también de su época. Aquella sociedad parecía haber vivido muchísimos años y que luchaba con el sepulcro. Su diccionario se reducía á estas tres palabras: Conservar, Conservación, Conservador. Lo que importaba era oler bien, y las opiniones de aquellos grupos venerables estaban aromatizadas y sus ideas olian á nardo. Aquel era un mundo de momias. Los señores estaban embalsamados y los criados empajados.

Todos los que asistían á la tertulia de la baronesa T. eran *ultras*. Ser *ultra* no tiene hoy ninguna significación, aunque lo que representa no haya desaparecido. Expliquemos esa palabra. Ser *ultra* es ir más allá; es hacer la guerra al cetro en nombre del trono y á la mitra en nombre del altar; es maltratar lo que se arrastra, es arrojar al tiro de caballos para que vayan más de prisa, es censurar á la hoguera porque quema poco á los herejes, es reprochar al ídolo su poca idolatría, es insultar por esceso de respeto, es encontrar poco papismo en el Papa, poco realismo en el rey y demasiada luz en la noche; es estar descontentos del alabastro, de la nieve, del cisne y de la azucena en defensa de la blancura; es ser partidarios de las cosas hasta el extremo de convertirse en enemigos de ellas; es exagerar tanto en *pró* que se llega hasta el *contra*.

El espíritu *ultra* caracteriza especialmente la primera fase de la Restauración.

Nada hay semejante en la historia al

cuarto de hora que empieza en 1814 y termina en 1820, al advenimiento de M. Villele, el hombre práctico de la derecha. Esos seis años fueron un momento extraordinario, ruidoso y triste á la vez, risueño y sombrío, iluminado como por claridad de alba y cubierto al mismo tiempo por las tinieblas de las grandes catástrofes, que llenaban aun el horizonte y se perdían lentamente en el pasado. Apareció entre aquella luz y aquella sombra un pequeño mundo nuevo y viejo, bufon y triste, juvenil y anciano, que se frotaba los ojos; porque el acto de despertar se parece á la vuelta de la emigración: el grupo de emigrados miraba á Francia con recelo y ésta le miraba con ironía; se componía ese mundo de viejos buhos, de marqueses finchados, de los que desaparecen y de los aparecidos, de los ex... estupefactos de todo; buenos y nobles aristócratas, que se sonreían por estar en Francia, pero que también lloraban, sorprendidos al regresar á su patria y no encontrar su monarquía; la nobleza de las Cruzadas despreciaba á la nobleza del Imperio, es decir, á la nobleza de la espada; las razas históricas que habían ya perdido su significación en la historia, los hijos de los compañeros de Carlo-Magno, menospreciaban á los compañeros de Napoleón.

Las espadas se insultaban recíprocamente: la espada de Fontenoy causaba risa y estaba llena de orin; la espada de Marengo era odiosa y solo se veía en ella un sable. El antiguamente desconocía al ayer. No se poseía el sentimiento de lo grande ni el de lo ridículo. Hubo quien llamó Scapin á Bonaparte. Aquel mundo ya no existe; nada queda de él. Cuando entresacamos de él por casualidad alguna figura y tratamos de hacerla revivir con el poder de la imaginación, nos parece tan extraña como si perteneciese á un mundo antidiluviano, y es que, en efecto, sumergió ese mundo un diluvio. Desapareció entre dos revoluciones. Las ideas son olas tan poderosas que cubren rápidamente todo lo que deben destruir y sepultar, cumpliendo su misión.

Tal era la fisonomía de las tertulias de aquellos tiempos lejanos y cándidos, en los que el señor Martainville era más agudo que Voltaire. Dichas tertulias tenían literatura y política propias. Tenían fé en Fievée; ponía la ley el señor Agier, y comentaban á Colnet, publicista que vendía libros usados en el muelle Malagnais. Llamaban á Napo-

leon el ogro de Córcega; más tarde introdujeron en la historia al marqués de Bonaparte, teniente general de los ejércitos del rey, por concesión al espíritu del siglo.

Aquellos salones no conservaron mucho tiempo su primitiva pureza. Desde 1818 empezaron á germinar en ellos algunos doctrinarios de aspecto sospechoso, porque aunque tenían por sistema ser realistas, se disculpaban de serlo.

Donde los ultras aparecían triunfantes, los doctrinarios estaban algo avergonzados. Eran personas de talento y sabían callar: su dogma político les imprimía mucha gravedad; debían, pues, triunfar. El error ó la desgracia del partido doctrinario fué el crear una juventud envejecida. Tomaban posturas de sábios; soñaban en ingertar en el poder absoluto y excesivo un poder templado. Oponían, y á veces con rara inteligencia, liberalismo conservador al liberalismo demoleedor, y se les oía decir: "Damos las gracias al realismo, porque nos ha prestado servicios. Nos ha traído la tradición, el culto, la religión y el respeto; es fiel, valiente, caballeresco, amante y leal. Viene á mezclar, aunque con sentimiento, las nuevas grandezas de la nación con las grandezas seculares de la monarquía. Tiene la desgracia de no comprender la revolución, ni el imperio, ni la gloria, ni la libertad, ni las ideas de las nuevas generaciones, ni el siglo; este defecto, que tiene con relación á nosotros, ¿no le tenemos también nosotros respecto á él?... La revolución, de la que somos herederos, debe enterarse de todo. Atacar al realismo es el contrasentido del liberalismo; es una falta y es una ceguedad. La Francia revolucionaria no respeta á la Francia histórica, esto es, á su madre, esto es, á sí misma. Desde el 5 de Setiembre se trata á la nobleza de la monarquía como despues del 8 de Julio se trataba á la nobleza del Imperio. Fueron ellos injustos con el águila y nosotros lo somos con la flor de lis. Se desea tener siempre algo que proibir. ¿Es acaso útil desdorar la corona de Luis XVI y rascar el escudo de Enrique IV? Nos burlamos de Vaublanc porque borraba las NN del puente de Jena. Pues lo mismo hacemos nosotros. Bouvines nos pertenece lo mismo que Marengo. Las flores de lis son tan nuestras como las NN; constituyen nuestro patrimonio; ¿por qué lo hemos de cercenar? No debemos renegar de la patria, ni en lo pasado, ni

en lo presente; ¿por qué no hemos de admitir toda su historia? ¿Por qué no hemos de amar toda la Francia?"

De este modo los doctrinarios criticaban y protegían al realismo, que estaba descontento porque le criticaban é irritado porque le protegían.

Los ultras caracterizaron la primera época del realismo; la congregación caracterizó la segunda.

A la pasión sucedió la habilidad.

En el curso de la narración, el autor ha encontrado en su camino este momento curioso de la historia contemporánea y ha creído que debía dirigirle una mirada al pasar, trazando algunos perfiles singulares de aquella sociedad, desconocida hoy, con rapidez y sin impulsarle ninguna idea amarga ó burlesca. Recuerdos de afecto y de respeto, que se refieren á su madre, le unen á ese pasado. Además, hay que confesar que en cierto modo aquel pequeño mundo tenía su grandeza. Puede hacernos sonreír, pero no debemos despreciarle.

Mario Pontmercy, como todos los niños, estudió algo. Cuando salió de las manos de su tía Gillenormand, su abuelo lo entregó á un profesor de la más pura inocencia clásica, y el alma joven del niño, que empezaba á abrirse, pasó desde una mojigata hasta un pedante.

Mario estudió los años de colegio y entró en la escuela de Derecho. Era realista fanático y austero. Quería apenas á su abuelo, cuya alegría y cuyo cinismo le disgustaban, y era sombrío respecto á su padre. Por lo demás era un joven ardiente y frío á la vez, noble, generoso, altivo, religioso, exaltado, digno hasta ser duro y puro hasta ser insociable.

IV.

Fin del bandido.

La terminación de los estudios clásicos de Mario coincidió con la despedida de la sociedad del señor Gillenormand. Este dió el último adiós al barrio de San German y á las reuniones de la baronesa T., y se estableció en el Marais, en su casa de la calle de las Hijas del Calvario; en la que tenía por criados, además del portero, á la doncella Nicolasita, que sustituyó á la Magnon, y al Basco finchado de que antes hablamos.

Mario acababa de cumplir diez y siete años en 1827, y un día, al volver á su casa, vió á su abuelo con una carta en la mano.

—Mario, le dijo el señor Gillenormand, mañana tienes que ir á Vernon.

—Para qué? preguntó.

—Para ver á tu padre.

Mario se estremeció. Nunca imaginaba que había de llegar el día en que tuviese que ver á su padre. Era esto para él inesperado, sorprendente y, digámoslo de una vez, desagradable. Era obligar á su antipatía á convertirse en simpatía; no era para él un disgusto, era un trabajo fatigoso.

Mario, además de la antipatía política, estaba convencido de que su padre no le quería, y se lo evidenciaba el haberle abandonado y entregado á otros parientes, y no le amaba creyendo no ser amado.—Esto es natural, se decía á sí mismo.

Se quedó, pues, estupefacto, pero nada le preguntó el señor Gillenormand.

Este añadió:

—Parece que se encuentra enfermo y te llama. Te irás mañana por la mañana. En la plaza de las Fuentes hay un carruaje que sale á las seis y llega á la noche. Toma el billete, porque tu padre dice que corre prisa.

Despues estrujó la carta y se la guardó en el bolsillo.

Mario pudo partir aquella misma noche y estar al lado de su padre al día siguiente por la mañana, porque de la calle de Bonloy salía entonces una diligencia que iba á Rouen de noche, y que pasaba por Vernon; pero no pensaron en informarse ni el señor Gillenormand ni Mario.

Al anoecer del día siguiente entró Mario en Vernon. Principiaban á encender los faroles, y preguntó al primer transeunte que le vino al paso por el domicilio del señor Pontmercy; porque profesaba las mismas ideas que la Restauración, y no reconocía tampoco en su padre el grado de coronel ni la baronía.

Indicaronle la casa; llamó, y abrióle una mujer que llevaba en la mano una lamparilla.

—Vive aquí el señor Pontmercy?

La mujer permaneció inmóvil y muda.

—Vive aquí? repitió Mario.

La mujer hizo signo afirmativo con la cabeza.

—Puedo hablarle?

La mujer hizo signo negativo.

—Es que soy su hijo y me espera, replicó Mario.

—Ya no os espera, le contestó la mujer.